

002

X

DON JAIME EL DESDICHADO.

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

SEVILLA.

Establecimiento Tipográfico de LA ANDALUCIA

Catalanes 4 y Monsalves 29.

1865.

Al Sr. D. Luis Vidant, m. af.^{mo}

Gautier

C 3417

DON JAIME EL DESDICHADO.

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

Representado por primera vez con buen éxito en la noche del 15 de Febrero de 1865 en el Teatro de San Fernando de Sevilla

SEVILLA.

Establecimiento Tipográfico de LA ANDALUCIA

Catalanes 4 y Monsalves 29.

1865.

PERSONAS.

DOÑA ISABEL.

DOÑA VIOLANTE.

DON JAIME EL DESDICHADO.

DON ALFONSO DE LANUZA.

DON FERNANDO DE ANIEQUERA, Rey de Aragon.

DON RAIMUNDO.

DON PEDRO GARCI-FERNANDEZ.

DON ARTAL DE ALAGON.

DON LUIS DE LA CERDA.

FORTUN.

UN CABALLERO.

Caballeros, soldados, pueblo, etc.

La accion pasa en Balaguer, capital de Urgel. Los actos 1.º y 2.º dentro de la Ciudad, y el 3.º en el campamento del sitiador: Año 1413. — Empieza la accion el 25 de Setiembre, y termina el último dia de Octubre.

Es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su permiso.

ACTO PRIMERO.

Sala del Alcázar de Balaguer: al fondo balcones, á la derecha puerta de entrada, á la izquierda dos puertas: una del aposento de D. Jaime, otra del de Doña Isabel.—En el ángulo de la derecha una puerta secreta: casi al medio de la escena una mesa. Muebles de aquella época: es media tarde.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, VIOLANTE.

VIOL. Señora, ¿llorais?

ISAB. ¡Ah!, sí;
no puedo encontrar reposo
hasta no ver á mi esposo
de nuevo otra vez aquí.

VIOL. Calmad la angustia, señora,
que comprime vuestro pecho.
Mirad que...

ISAB. Bajo este techo
el alma sin querer llora.
Bajo este techo sombrío,
en este salon desierto
me figuro inmóvil, yerto,
mirar al esposo mio.

VIOL. Señora, tened valor,
tambien batalla mi padre,
y aunque á mi gusto no cuadre
sé lo que debe á su honor.
Y á pelear y á vencer
siempre le exhorto constante.

ISAB. Pero es porque tú, Violante,
tienes menos que perder.
Yo no comprendo el honor

que le inspira esa bravura,
solo entiendo mi ternura;
solo comprendo mi amor.
Y si don Jaime es vencido
en esta ruda campaña,
nos alcanzará la saña
del vencedor ofendido.

VIOL. Temo tambien por la vida
de otro hombre, doña Isabel;
porque yo adoro á un doncel
de quien soy correspondida.

ISAB. ¿Has dado entrada en tu seno
á una pasion amorosa?

Cuida, Violante, esa rosa
no se convierta en veneno.

Que en la tierra es la ventura
tan dulce y tan pasagera,
como áuras de primavera
que acarician la llanura.

Mas las áuras que se ván
á la llanura volvieron,
y las dichas que se fueron
otra vez no volverán.

Mira, mi esposo subió
de fortuna á la alta cumbre,
y el sόlio con pesadumbre
bajo sus plantas se hundió.

VIOL. ¿De su noble aspiracion
no le queda alguna gloria?

ISAB. Sí, le queda una memoria
que afije su corazon.

Pues quien un sόlio potente
pudiera haber conseguido,
hoy se mira perseguido
por un tirano inclemente.

Ah! Cuántas veces aquí
ví correr su lloro amargo!
Cuantas en insomnio largo
meditabundo le ví!

Cuantas, ¡ay!

VIOL.

No será tanta

como vos pensais, señora,
la afliccion devoradora
que á vuestro esposo quebranta.
Si pudo haber alcanzado
un poder grande y real,
que se encuentre es natural
abatido, aniquilado.

Pues la esperanza perdió
que un tiempo le sostenia,
viendo perder en un día
lo que tantos esperó.

ISAB.

Y ¿es poco quebranto, dí,
el mirarle á cada instante,
en vez de risueño, amante,
ocultándose de mí?

VIOL.

Tomad, señora, un consejo. .

ISAB.

Él, el mas bravo infanzon
de la corte de Aragon,
él, de los nobles espejo,
hollado mirarse así?

VIOL.

Me estais haciendo llorar!

(Suenan Clarines.)

ISAB.

Mas, oyes? El vá á llegar;
voy á recibirlo allí.

(Váse)

ESCENA II.

VIOLANTE, RAIMUNDO.

VIOL

Raimundo, ¿eres tú?

RAIM.

Violante!

angel del alma querido,
soy yo, tu amador constante:
todas mis penas olvido
al mirarte en este instante.
¡Cuánto tiempo, dueño amado
me he visto lejos de tí;
pero mi afan se ha calmado
al verte de nuevo aquí,
al encontrarte á mi lado!

VIOL. Raimundo, ya terminó
esta corta y breve ausencia
que de mí te separó,
y no debe tu existencia
turbar un instante, no.

RAIM. ¿Eso me dices? ¡Mentira!
No es posible amar así;
cuando la mente delira
desde el punto en que te ví;
cuando mi boca respira
la atmósfera celestial
que despiden dulcemente
esos lábios de coral
embalsamando el ambiente
con perfume sin igual.
¿piensas que puedo vivir
un instante separado
de aquella que ha hecho latir
este corazon helado
con su dulce sonreír?
¿Sabes lo qué es un instante
que sin mirarte pasó?
Tú no comprendes, Violante,
el tormento de un amante
que te adora como yo.

VIOL. ¡Que no lo comprendo... sí!
Yo, que no tengo, Raimundo,
recuerdo ninguno aquí,
y amor no tengo en el mundo
sino el que tengo por tí.
Un padre tengo, es verdad,
mas ese padre querido
sugeta mi voluntad,
pues la senda que ha seguido
una senda es de maldad.
El tiene una aspiracion
que le arrebató la calma,
y por lograr su ambicion,
vendiera á la hija del alma,
vendiera mi corazon.

Tú supiste consolar
mi tristeza y mis enojos;
pero al escucharte hablar,
siento, Raimundo, en mis ojos
lágrimas tristes brotar.

¡Dudar tú de mi pasión,
de esta pasión que es mi vida!
Si en tu seno hay compasión,
de esta mujer tan querida
no destruyas la ilusión.

RAIM. ¿Llorar tú, Violante mía?
y yo que tanto te adoro,
yo que todo lo daría
por enjugar ese lloro,
yo, causo tu pena impía!
Yo, que pobre y desvalido
tu cariño conseguí,
y hasta haberte conocido
nunca en mi pecho sentí
este ardoroso latido?
Sí; yo un mísero villano
á tu cariño aspiré;
cariño tan soberano
nunca, Violante, pensé
pudiera alcanzar ufano.

VIOL. ¿Qué es un inútil blason
que heredé de mis mayores?
Orgullo y ostentación
si no puede tus amores
arrancar del corazón.
Hechos y fama notoria,
¿qué son para quién bien ama?
¿qué los lauros de la historia,
si en acrecentar su llama
consiste toda su gloria?

RAIM. Y sin embargo, yo siento
dentro del alma escondido
un generoso ardimiento,
un fuego desconocido
que presta audacia á mi aliento.

Y no puede mi valor
ningun pechero sentir,
que este belicoso ardor
solo puede subsistir
en quien nace con honor.
Tu mano pensé primero
pedir; mi proyecto oculto
porque es D. Pedro altanero,
y yo no sufro un insulto
aunque he nacido pechero.
Tambien la suerte fatal
á oscuridad me condena,
cuando un destello inmortal
el alma mia enagena
digna de raza real.

VIOL. No, Raimundo, ese esplendor
que así deslumbra tus ojos,
es cual balsámico olor
que exhala entre los abrojos
alguna carmínea flor.
Mas nada son para mí
títulos de vanidad,

RAIM. Raimundo, que no adquirí.
Porque es mucha la bondad
que guardas dentro de tí.

VIOL. Porque tengo una ambicion
y un sòlio do quiera veo
lleno de grata oblacion;
mas el sòlio que deseo
existe en tu corazon.

RAIM. Gracias, Violante; tu acento
me vuelve la paz perdida;
de ilusiones de un momento
fuera mi pecho guarida,
mas volaron con el viento.

VIOL. ¿Y de tu origen no sabes
cosa alguna? Te prometo...

RAIM Yo abrigo sospechas graves;
de este terrible secreto
Lanuza tiene las llaves.

Cien veces le pregunté
y respuesta no me dió;
y yo solamente sé,
que aun niño me recogió
y á su lado me crié.

VIOL. Pregúntale por piedad
si es tu nacimiento oscuro.

RAIM. Cumpliré tu voluntad,
y por el cielo te juro
que he de saber la verdad.

VIOL. A Dios, Raimundo.

RAIM. Violante,
¡presto, mi gloria, te vas!
Espera, espera un instante
para admirar tu semblante.

VIOL. No puedo, no puedo mas.
Quizás me espere, Raimundo,
mi reina, mi amiga.

RAIM. Si.

No me olvides.

VIOL. En el mundo
no hay nadie que te ame así,
ni con ardor tan profundo.
(Raimundo le besa una mano y la acompaña al cuar-
to de Doña Isabel.)

RAIM. Necesito comprender
de mi origen el secreto:
¿qué me podrá detener?
Aunque á Lanuza respeto
mi origen he de saber.

(Váse por la derecha.)

ESCENA III.

DOÑA ISABEL, DON JAIME.

JAIM. Isabel mía.

ISAB. Esposo!. . Dios clemente,
de una pobre muger agradecida
has escuchado la oracion ferviente.

JAIM. Por qué tal desconsuelo?

ISAB.

Por tu vida,

la sola prenda de mi amor ardiente.
Si vieras cómo tiemblo, cuando airado
te arrojas al combate con bravura!
Tiemblo y lloro también, sí. No me es dado
sofocar en mi pecho la tristura
del corazón ansioso y angustiado.

JAIM.

Seca el lloro, Isabel, porque no es justo
que se escuchen tan míseros jemidos
en el palacio del monarca augusto
á los clamores públicos reunidos.

ISAB.

¡Ah! dices bien. En tu semblante adusto
se vé marcado, Jaime, el desaliento,
huyó de tí la plácida alegría,
y en vano, en vano consolarte intento,
que en tus labios no vé la angustia mía
una leve sonrisa de contento.

JAIM.

¿Contento cuando es tanta mi amargura?
¿Cómo quieres que finja dulce calma,
cuando la copa del dolor apura,
cuando padece dolorida el alma,
cuando es todo pesar y desventura?
Si no ves en mis labios de contento
una sonrisa leve y pasajera;
si de mí se apodera el desaliento,
¿dejo escapar de mi dolor, siquiera,
á mi labio, Isabel, triste un lamento?

ISAB.

Si; tras de esa sonrisa resignada
me ocultas, Jaime, tu dolor inmenso
por no hacerme tal vez mas desgraciada.
¡Tú no conoces de mi amor lo estenso!
yo sufro como tú, sufro callada.
Yo de la noche en el silencio triste
un torrente de lágrimas derramo,
que nunca, esposo, adivinar pudiste:
el auxilio de Dios sobre tí llamo,
y mi llanto y mis quejas nunca viste.
Nunca lo viste, no. Porque temia
verte sufrir aun mas. Porque mi pena
la tuya, Jaime, acrecentar debia,

y me mostraba á tí siempre serena,
aunque en silencio de pesar morial!

JAIM. ¡Oh muger celestial! ¿por qué tu llanto
ocultas del esposo que te adora?

Pero yo soy la causa del quebranto
que tu sensible corazon devora;

yo soy la causa de que sufras tanto.

Yo ¡mísero de mí! tu pura estrella
he reunido á la mía que se apaga,
que hácia su ocaso vá sin dejar huella;
¡es que mi vida terminarse amaga
cuando su luz radiante esconda ella!

ISAB. ¿Y por qué no abandonas los derechos
que te niega la suerte inexorable?

¿No miras tus ejércitos deshechos?

JAIM. Porque fuera, Isabel, un miserable,
y así no piensan varoniles pechos.

ISAB. Y si mueres?

JAIM. Si muero?... ¿Y qué es la muerte?

Descansar de una vida de amargura,
en un reposo sin igual é inerte,
dormir en la tranquila sepultura
hasta que en mejor mundo se despierte.

Yo ví en Murviedro batallar en vano
mi aragonesa gente decidida,

que al empuje del rudo castellano
en confuso tropel puesta en huida
arrancó la victoria de mi mano.

No sé por qué la vida me conserva
en el combate el mísero destino
que mi angustiado corazon enerva...

¡ay! para el fin quizás de mi camino
la palma del martirio me reserva!

ISAB. Y ¿dices que salvarte es imposible,
que esperanza en tu pecho ya no queda
para evitar el porvenir temible?

Acaso esta muger salvarte pueda,
acaso logre lo que no es creíble.

Cuando la noche el pavoroso velo
por la region del mundo haya tendido,

huye de Balaguer, deja este suelo
al cual desoladora ha descendido
la maldición del irritado cielo.

JAIM.

¿Huir? ¿Qué dices?

ISAB.

Sí: yo te lo ruego,
sálvate por piedad, aquí tu esposa
conservará de tu pasión el fuego,
y al verte libre se creará dichosa.
Dime...

JAIM.

Qué?

ISAB.

Te decides?

JAIM.

¿A huir?... me niego.

Si alcanzo al fin la libertad perdida,
por las montañas ásperas, errante
llevaré una existencia envilecida,
destrozarán mi honor siempre triunfante,
será mi triste fama escarnecida.
Y lo debo sufrir?...

ISAB.

Calla, inhumano,
es mi vida también lo que te pido,
apiádate de mí

JAIM.

Todo es en vano:

Yo no quiero vivir como un bandido
ni la espalda volver al castellano.

ISAB.

Pero tus hijas que enjendradas fueron,
sin tener culpa de tamaños males,
se verán sin un padre que tuvieron,
sin gozar de los besos paternos
del que en su pura infancia conocieron.
«¿Dónde está el padre que feliz cuidaba
con solícito afán mi edad risueña,
y que amor sin igual me demostraba?
¿Dónde está el padre que mi mente sueña,
el padre á quien aun niña idolatraba?»
Tal vez preguntarán: y sollozando
«ya ese padre no existe, hijas queridas,
por quien estais ansiosas preguntando...»
les diré con angustia; y afligidas
te estaremos ¡oh Jaime! recordando...
Calla, calla por Dios, Isabel mía,

JAIM.

Mi pobre corazon desfallecido
escuchando tu acento se rompía,
y aunque todo impasible lo he sufrido
es ¡ay! tan grande mi desgracia impía!
Si yo de Balaguer cobarde huyera
cual pretendes de mí; si abandonára
mis soldados, mi honor y mi bandera,
á mis hijas ¡ay Dios! lo noticiara
quien traidor y cobarde me creyera.
«Fué tu padre un traidor,» su voz diria,
«fué tu padre un traidor,» el ráudo viento
á su lado al pasar murmuraria,
y donde quiera el maldecido acento
«fué tu padre un traidor» repetiría ..
¡Mejor quiero morir en abandono!
Si ellas preguntan mi olvidada historia,
diles que he muerto bajo el duro encono
de un rey usurpador; pero con gloria,
al defender mi arrebatado trono!
(Cae sobre un sillón, Doña Isabel le contempla largo
rato: Don Jaime queda como sumido en meditacion.)

ESCENA IV.

DON JAIME, LANUZA.

LAN. Señor.

JAIM. Acércate, Alfonso.

Isabel, entra un momento
en tu estancia

ISAB. Pero piensa...

(Váse Doña Isabel)

JAIM. Imposible! Lo he resuelto.

Ahora dime sin demora
qué noticias de mi reino
me traes.

LAN. Señor, yo soy
de desgracias mensajero.

JAIM. Hace tiempo, buen Lanuza,
que el sol hermoso y sereno
fulgura en el horizonte
para mí siempre funesto.

LAN. Señor, bien sabe Lanuza
que á vuestro espíritu recto
no acobardan las desgracias
que estais, Don Jaime, sufriendo.
Yo sufro tambien cual vos,
tambien escondo en mi pecho
memorias de una ventura
que me ha arrebatado el tiempo.
Y sufro doble, señor,
porque atribulado pienso
veros quizás algun dia
morir en el cautiverio.

JAIM. ¿Cuándo has visto que el leon
rinda obediente su cuello
al impulso de la mano
que vá á ponerle los hierros?
¡Nunca! de la esclavitud
al ver el fatal apresto,
irritado, la melena
sacude altivo y soberbio.

LAN. Sí, pero tambien se afana
y no le sirve su esfuerzo,
y moribundo se rinde
herido por el acero.

JAIM. Calla, no encones la herida
que ansioso guardo en mi pecho.
Déjala, que brota sangre,
sangre mezclada en veneno,
no la despiertes, Lanuza,
para aumentar mis desvelos.
De cuanto tuve algun dia,
¿qué me queda? ¿qué poseo
que me haga amable la vida,
esta vida que aborrezco?
Qué me queda? Una ciudad,
mas bien un panteon inmenso
donde mueren á millares
mis mas valientes guerreros,
y de mis glorias pasadas
el aflictivo recuerdo.

Murió don Martin el rey
dejando huérfano el reino,
sin designar claramente
quien seria su heredero.
De los reyes de Aragon
soy yo descendiente régio,
y de subir á ese trono
sentí en mi alma un deseo.
Valencia y el Principado.
mi empresa favorecieron...
Ah! pero vino á arrancarme
el sacro y potente cetro,
ese Infante castellano,
ese orgulloso extranjero,
que me usurpa la corona
y desprecia mis derechos.
Quise probar la fortuna
en los combates sangrientos,
el sόlio que me robaban
con la espada defendiendo.
Quise probarla; y miré
mis reducidos ejércitos
en el campo de batalla
derrotados y dispersos
Me refugié en Balaguer
con los inmolados restos,
que escaparon por fortuna
de la rota de Murviedro.
Difícilmente resisto
del infante el duro cerco,
porque van mis defensores
por instantes decayendo.
¿Eso, don Jaime, decis,
cuando estoy al lado vuestro,
cuando salvar vuestra vida
es mi constante deseo?
Por vos no sabeis, D. Jaime,
lo que mi lealtad ha hecho.
Cuando intranquilo llamais
á vuestros ojos el sueño

LAN.

vigilo vuestra quietud;
mientras vos dormís, yo velo,
que mas que por mi existencia,
señor, por la vuestra temo.

JAIM. Lo sé, Lanuza; cariño
bien sabes que te profeso;
es una prueba muy corta
de mi reconocimiento,
pero este pobre monarca
no puede darte otro premio.

LAN. Qué decís? la abnegacion
firme y digna que os demuestro
no busca esos intereses
á que el hombre tiene aprecio.
Ah! Don Jaime, entre los dos
existe un vínculo estrecho,
pues con lazo indisoluble
las desgracias nos reunieron.
El Infante castellano
os roba el potente cetro,
á mí me robó una dicha
que los ángeles del cielo
en las celestes alturas
contemplaban sonriendo.
Aun dudo, aun dudo, Don Jaime,
si fué realidad ó sueño,
aun dudo si estoy soñando,
aun dudo si estoy despierto.

JAIM. ¿No sabes, Lanuza amigo,
que en el mundo en que nos vemos
por desgracia ó por fortuna
los males solos son ciertos?

(Pausa.)

LAN. Señor, ¿por qué de reposo
no gozais algun momento?
Vamos de aquí.

JAIM. Vamos pues,
y escucharé tus consejos.

(Vánse.)

ESCENA V.

EL REY D. FERNANDO, ALAGON
y D. Pedro por la puerta secreta.

PED. Aquí el conducto concluye,
desemboca en el alcázar.

REY. Bien, don Pedro. Ahora, Alagon,
debeis marchar sin tardanza
para avisar á mis gentes
que apenas la noche caiga
asalten como leones
de Balaguer las murallas.

(Váse Alagon.)

ESCENA VI.

EL REY DON FERNANDO, DON PEDRO.

PED. ¿Seguro estás de que nadie
conocer puede la entrada
que desde mi campamento
desemboca en el alcázar?

PED. Nadie, señor.

REY. Por aquí
la ciudad será tomada.

PED. ¿No meditaís que se observa
esquisita vigilancia
en la ciudad? Esponer
á las tropas mas bizarras
del mundo, á segura muerte,
es empresa temeraria.

Pero... vamos á otro asunto
que tiene mas importancia.
Yo en vuestras manos, el cetro
que tanta inquietud os causa,
puedo poner, Don Fernando.

REY. ¿Dices verdad? no me engañas?
¿El cetro por qué emprendí
esta lucha sanguinaria
puedes poner en mis manos?
¿De qué manera? Dí, habla.

- PED. Matando...
- REY. ¿A quién?
- PED. ¿A don Jaime.
- REY. Nunca, Fernandez; ¡qué infamia!
Un día ú otro ha de acabar
por humillarse á mis plantas;
la dilacion de ese día
espero no será larga.
A los gascones, que Luna
en su auxilio le enviaba,
los derrotó mi aliado
en la frontera Navarra.
Se halla solo en la ciudad
por mi ejército sitiada,
y no tiene de salvarse
ni la menor esperanza.
- PED. A la vista del peligro
don Jaime no se acobarda.
Vereis la ciudad ardiendo
presa de voraces llamas,
sucumbir sus moradores
sin abandonar las armas,
y de sangre rojo lago
donde la ciudad se alzaba,
antes que ver á don Jaime
humillado á vuestras plantas.
Así como se alzó ayer
por sus pretensiones vanas,
si le conservais la vida
se alzará tambien mañana.
- REY. ¿Quién seria el imprudente
que al conde seguir osára,
sin temor de mi justicia
y mi sangrienta venganza?
Verdugos hay en mi reino,
en mi reino sobran hachas,
y hay en mi reino, cabezas,
que sobre los hombros saltan.
Si todo Aragon siguiera
del conde de Urgel la causa,

todo Aragon temblaria
el impulso de mi saña!

PED. Calmad, señor, el enojo
que motiva esas palabras,
y escuchad á este vasallo
que por vuestro bien se afana.
No, no es un crimen inútil
el que yo os aconsejaba,
pues con su muerte, señor,
se dará por terminada
esta guerra en que sin fruto
noble sangre se derrama,
de pena y de horror llenando
el seno de nuestra patria.

REY. Fernandez.

PED. Señor...

JAIM. Fernandez,

ese designio me espanta.

PED. Es un ardid de la guerra.

REY. Ardid de gente villana.

PED. Resolveos.

REY. Imposible,
que no es tan ruin mi alma.
Mas oigo ruido... salgamos...

(Váse)

PED. Os seguiré sin tardanza.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

Cuando con matar á ese hombre
puede acabarse la guerra,
y el trono alcanzar mas presto,
¿pór qué se opone á que muera?
Pero no importa: yo solo
acometeré la empresa,
yo solo basto; esta noche
quiero que el Conde perezca,
y si corresponde el éxito
á lo que mi afán espera,
me habrá de dar el Infante

muy cumplida recompensa
cuando del conde de Urgel
le presente la cabeza.
Vamos, vamos, decision
y mi fortuna está hecha.
Fortun.

ESCENA VIII.

DICHO: FORTUN: LANUZA.

FOT.

¿Sois vos?

PED.

Ya la noche

su manto lóbrego estiende...

Mucho cuidado, Fortun,
con que el golpe no se yerre.

FORT.

La punta de mi puñal
recta al corazon vá siempre.

PED.

Bien; mas que no sepa el conde
qué mano es la que le hiere.

FORT.

Descuidad, que daré el golpe.

(Vánse por la puerta secreta: Lanuza al salir, oye
algunas palabras, pero no vé á las personas.)

LAN.

El golpe... ¿qué golpe es ese?

¿Esto es verdad, ó es un sueño
terrible que me acomete?

mas yo escuché esas palabras...

salian de estas paredes...

(Golpeándolas.)

Ah!... Es una traicion... no hay duda...

(Comprendiéndolo todo.)

trataban... de sorprenderle...

de matarle... ¡vive Dios

que morirá el que lo intente!

(Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

Es de noche: la escena queda sola un instante; despues sale

DON JAIME.

JAIM.

En vano, en vano el reposo
llamo con ardiente afán,
su consuelo no tendrán

sino el grande y el dichoso.
¿Cómo habré de reposar
en sueño blando y tranquilo,
si me falta en este asilo
hasta aire que respirar?

(Se aproxima á un balcon y dice:)

Ese sol que se fué ya
mañana habrá de volver...
mañana al aparecer
desdichas me anunciará!

ESCENA X.

DICHO, FORTUN, con un puñal en la mano.

FORT. No sé... me falta la calma...

JAIM. ¿Quién osa aquí penetrar?
¿Qué buskais?

FORT. ¡Podeis rezar
(Alzando el puñal para herirle.)
por el bien de vuestra alma!

JAIM. (Cogiéndole el brazo) ¡Cobarde! aun no es mi destino
si bien la suerte me apura,
morir en la noche oscura
á manos de un asesino.
Nada tienes en tu abono,
de nada el puñal sirvió;
viniste á matarme... yo...
te desprecio... te perdono!...

ESCENA XI.

DICHOS, LANUZA, RAIMUNDO,

caballeros, soldados, etc., cañonazos, clarines, ruido
de armas y de voces.

JAIM. ¿Qué bélico rumor?... ¿Dime qué esto?

LAN. Que el enemigo á Balaguer asalta...
¿no escuchais esos gritos?

JAIM. Presto, presto
mis armas! Ya mi cólera se exalta,
(Se las traen.)

ya de furor, y de venganza estallo!

LAN. ¡Al combate!

TODOS. ¡Al combate!

JAIM. ¡Al enemigo!

¡Animo pues! Que todo buen vasallo

á vencer ó á morir venga conmigo!!

(Vánse: aparece doña Isabel que dirige una mirada al cielo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, á poco el REY DON FERNANDO
y ALAGON.

PED. Nadie viene; todo es calma,
todo es quietud y silencio;
la noche, como una esclava
obediente á mis preceptos,
ha tendido sobre el mundo
su manto lúgubre y negro.
Todo en mi favor conspira,
todo ayuda mis proyectos.
Llamaré al Infante ahora:
la ocasion no malogremos.
Nadie viene; solo estoy,
señor, salid sin recelos.

(Acercándose á la puerta secreta y abriendo.)

REY. Enojado me teneis,
Fernandez.

PED. Vuestra ira temo.

REY. No pudiste?...

PED. Prevenir
no pude ese contratiempo.

REY. Yo, que esta noche creia
ver apaciguado el reino
y á mi rival exhalando
el suspiro postrimero...
En verdad, no sé, Fernandez,
cómo mi furor detengo.

ALAG. De la condesa en la casa

tremóla el pabellon nuestro...

REY. Ese triunfo á una derrota
se asemeja; vive el cielo,
que de los mios, sin duda
dos mil soldados murieron.

PED. Las pérdidas de don Jaime
todavía no sabemos,
y puede ser que superen
á las nuestras.

REY. No lo creo.

PED. Señor, con lo que ha pasado
no debo estar un momento
en Balaguer; pues si acaso
me descubren, nos perdemos.
Esta noche, con mi hija
marcho á vuestro campamento.

REY. Serás en él recibido
segun merecen tus méritos.
¿Pero quién, Fernandez, quién
permanecerá aquí dentro,
para saber lo que pase,
para activar mis proyectos?

PED. ¿Habeis olvidado, que hoy
tiene lugar el Consejo?

REY. Espícate bien, Fernandez,
que á la verdad, no te entiendo.

PED. Os dije que era muy fácil
que se comprara el Consejo,
para que diera su voto
conforme á nuestros deseos.

REY. Y bien?

PED. Corrí diligente
de oro y de promesas lleno,
muy cumplida recompensa
en vuestro nombre ofreciendo.

REY. Y ¿qué has logrado?

PED. Comprar
á todos los caballeros
que tienen lugar y entrada
en el salon del Consejo.

REY. A todos?

PED. No tal; que algunos
me trataron con desprecio.
Cuando á Lanuza le hablé,
me puso el rostro severo,
cual si la intriga que estamos
sigilosamente urdiendo,
pudiera haber conocido
en el tono de mi acento.
Mas...

REY. Lanuza se interpone
en todo lo que deseo;
al avanzar yo mi paso,
ante mi paso le encuentro,
y todo el que me rodea
de Lanuza tiene miedo.
Su nombre suena en mi oído
como un presagio funesto.
¿Un ser sobrenatural
á Lanuza presta aliento?

PED. No hay nadie que se le oponga,
que tan solo con un gesto,
abate la fortaleza
del mas firme y mas resuelto.
Pero entendido tened,
que es número muy pequeño
el de los nobles, que fieles
al conde se mantuvieron.

REY. Acaba.

PED. Por mayoría
fallarán en el Consejo,
y casi todos los votos
sabeis, señor, que son nuestros.

ALAG. ¿Y si alguno se arrepiente
de haber cedido tan presto
y le descubre á don Jaime?...

PED. No es posible. Yo el primero
debo hablar; la rendición
aconsejará mi acento,
y mi opinión seguirán

- muchísimos caballeros.
- REY. Bien, guárdate de Lanuza.
Sí, guárdate de él, don Pedro.
- PED. Si ese recurso se pierde
por algun azar, aun veo
que quedan á nuestro alcance
otros poderosos medios.
- REY. Sepamos esos recursos.
- PED. Agitado se halla el pueblo
con la horrible carestia
que hace un mes está sufriendo.
- REY. Y bien?
- PED. Señor, como quiera
que todos están inquietos,
al ver que será su suerte
tan rigurosa en extremo,
que habrán de morir sin duda
por hambre, por sed y fuego,
muy facilmente he logrado....
- REY. Basta, basta; ya te entiendo.
Promételes cuanto pidan
á esos míseros pecheros,
oro ofrece en abundancia,
que el oro compra los pueblos,
y despues no ha de faltarme
un dogal para sus cuellos.
(Vánse todos por la puerta secreta.)

ESCENA II.

DON JAIME, LANUZA.

- JAIM. ¡Otra derrota! Está bien:
siempre lo mismo preví,
pues dichas no hay para mí
que las estrellas me dén.
Lanuza, en mi pecho, abrigo
no le doy á una esperanza,
que aterra mi confianza
la suerte de mi enemigo.
- LAN. ¿Y qué os importa, señor,
que venza el terrible Infante,

si su poder no es bastante
á humillar vuestro valor?
¿Si en combates y batallas
no ha podido conmovier
de la ilustre Balaguer
las ya ruinosas murallas?
¿No llena ese corazon
un ejército entusiasta,
que os saluda... y eso basta,
por Monarca de Aragon?

JAIM.

Ah! si! Un rey que su corona
no ha podido sostener;
no es, Lanuza, ese poder
el que mi mente ambiciona.
Si, yo quisiera mandar
en un imperio grandioso
que el sol en su giro hermoso
no abarcára á iluminar.
Yermada la Monarquía
estaba cuando nació;
por eso quise ¡ay de mí!
restaurar la patria mía.
De Aragon las nobles barras
hubiera yo tremolado
como siempre he deseado
en las llanuras Navarras.
Desde Navarra á Castilla,
de Castilla á Portugal,
y con mi gente leal
pasára del mar la orilla.
Y al pasarla, de mi saña,
puesto que me abandonó
cuando ampararme ofreció,
temblára la gran Bretaña.
Y adquiriera con valor
una tras otra victoria,
hasta conseguir mas gloria
que Jaime el Conquistador.

LAN.

¿Y vos pensais sin reparos,
sea cual fuere, obedecer

- el acuerdo que á mi ver
el consejo puede daros?
- JAIM. ¿Cual será su decision?
Habla, Lanuza, habla ya.
- LAN. El consejo fallará
sin duda la rendicion.
Todos los nobles prefieren
que la guerra termineis;
si no les obedeceis
pasarse al Infante quieren.
- JAIM. Que se pasen ¡vive Dios!
los traidores serán menos,
que aquí quedarán los buenos
mi huella siguiendo en pos.
- LAN. Con el oro del Infante
la traicion cunde y se estiende...
mas si envolvernos pretende,
que venga, que se adelante.
- JAIM. ¿Y sabes tú quienes son
los hombres que han intentado
el verme así abandonado
cometiendo esa traicion?
- LAN. En una lista os diré
sus nombres.
- JAIM. Voy á reunir
el Consejo.
- LAN. Podeis ir.
Ved la lista que formé.
(Le dá una.) (Váse Don Jaime.)

ESCENA III.

LANUZA, RAIMUNDO.

- RAIM. Lanuza, oid: ya es tiempo de que acaben
estas dudas horribles que me agitan,
y para que estas dudas no se agraven
un eficaz alivio necesitan.
Siempre os miré meditabundo y triste,
un secreto guardando que os afana.
- LAN. Respeta, jóven, lo que no pudiste
comprender en la edad bella y temprana.

Hay una historia de funesto luto,
que penetrar tu vida te prohíbe...
Tú eres, Raimundo, el deshojado fruto
que el soplo de las áuras no percibe.

RAIM. Yo comprendo, Lanuza, que sabéis
la historia de mi vago nacimiento;
decírmela, Lanuza, no queréis.

LAN. Ah! no aumentes mi bárbaro tormento.

RAIM. Sí, debéis sufrir mucho.

LAN. ¿Quién lo dijo?
(Sobresaltado.)

RAIM. El que en vuestra mansion habeis criado,
el que fué para vos un tierno hijo,
el que ya todo, en fin, lo ha adivinado.
El que oyó vuestra súplica doliente
y de delirios vuestras horas largas,
y vió inundada esa mejilla ardiente
de abrasadoras lágrimas amargas.

LAN. Tú lo viste!

RAIM. Sí, yo. Vuestros dolores,
encerrados están aquí en mi seno.

LAN. Al fin se han realizado mis temores;
¡que no pueda vivir nunca sereno!
Pero quien, desdichado, ¿quién te indujo
á saber de los años de tu infancia?

RAIM. Un ser que tiene celestial influjo
sobre mí, que ha vencido mi arrogancia.

LAN. Nada creas, Raimundo; todo miente...
esas voces que exhalo en mi delirio,
son... sueños, sueños solo que la mente
reproduce con bárbaro martirio.
Duda de todo, sí, duda, Raimundo,
hasta de la victoria á que se aspira,
del valor, del honor, porque en el mundo
es todo una ficción... una mentira!

RAIM. Mas yo recuerdo, sí, no lo he soñado,
no es de la mente una ilusión ligera,
que de riqueza y fausto rodeado
pasé los años de mi edad primera.
Sí, recuerdo que en cámara ostentosa

á mi lado una dama yo veia,
mas pura y bella que naciente rosa:
¡que era mi tierna madre yo creia!
Mis sueños infantiles ¡ay! velaba
con ardiente y solícito cariño,
y algun beso dulcísimo posaba
sobre la frente cándida del niño.
Y... apartaba á la dama con empeño
un hombre de mirar sombrío...
lo que recuerda el pensamiento mio,
¿lo he soñado tal vez? No es mas que un sueño
No puede ser, Lanuza!

LAN.

Pobre loco!

Son ilusiones que la mente cria,
que se han apoderado poco á poco
de tu jóven y ardiente fantasía.
No me preguntes por tu madre; escucha,
juro que si tal vez la conocieras,
con el alma que dentro de tí lucha
á tu madre, Raimundo, maldijeras.
¡Nunca lo sepas! Su fatal historia
deja en mi roto pecho guarecida,
deja en mi pecho la fatal memoria
que encierra los misterios de tu vida!
¡Era mi madre!

RAIM.

LAN.

Sí, tu madre era
la que cediendo á su pasion impura,
marchitó su apacible primavera
y vendió al que la amaba con ternura.
¡Lo vendió!

RAIM.

Pero vos que sois el hombre,
que sabeis esa historia tenebrosa
de mi madre tambien sabreis el nombre...
¿Quién, quién era mi madre?

LAN.

¡Era mi esposa!

(Con voz sorda.)

(Pausa.)

¡Era mi esposa!

RAIM.

Dios!

LAN.

Calla, Raimundo,
olvida ese secreto que me abrasa,

que no penetre mi dolor el mundo,
ni aun este aire que á mi lado pasa.

RAIM. Luego sois vos mi padre?

LAN. ¡No lo esperes!

no soy tu padre .. pero sella el lábio...

RAIM. Decid quien es mi padre.

LAN. ¿Qué profieres?

¿Que te diga la historia de mi agravio?

RAIM. El nombre de mi padre.

LAN. Imbécil, calla,

y déjame á mí solo esta amargura,

deja para mí solo esta batalla,

que hay muchos años ya que me tortura.

RAIM. Si mi padre no sois, ¿con qué derecho
el nombre me ocultais del que es el mio?

¿Por qué me ha guarecido vuestro techo
si debisteis tratarme con desvio?

Nada teneis, Lanuza, en vuestro abono;
me habeis robado á un padre bien querido
para dejarme luego en abandono...

LAN. ¡Por Dios, Raimundo, que tu padre he sido!

RAIM. No lo fuisteis jamás. No mancilleis

ese nombre que á vos no pertenece;

derechos á ese nombre no teneis,

y vuestro corazon no los merece.

Nada nos une ya desde este dia;

cuanto fué terminó, solo venganza

merece vuestra inícuva villanía,

y esa será mi única esperanza.

A mi no os acerqueis, hombre funesto,

yo miro en vos tan solo un enemigo...

no os acerqueis á mí, no, yo os detesto

y odio tan solo para vos abrigo!

LAN. Calla, infeliz, y la verdad ahora

escucha, y el saberla no te ofenda,

yo te guardé, porque eras, vengadora,

de mi ofendido honor, terrible prenda.

Pero despues el tiempo... tú eras niño...

abandonado y solo yo vivia...

la yedra al olmo le inspiró cariño...

y ¿por qué he de ocultarlo?... Te quería.
Para el fin de mi vida que se agota
un dolor me guardabas tan inmenso...
¡aun faltaba en mi cáliz una gota...
que la has vertido tú, Raimundo, pienso!
¡Y te alejas de mí, cuando anhelante
perdí por tí la apetecida calma,
cuando este lloro inunda mi semblante!...

RAIM.

Lanuza! Padre mio!

LÁN.

Hijo del alma!

(Se abrazan.)

ESCENA IV.

DICHOS, D. JAIME, D. PEDRO Y CABALLEROS

que se colocan en fila. Soldados en la puerta.

(Gran silencio.)

JAIM.

Próceres de Aragon, bravos guerreros
que aquí vinisteis al mandato mio,
grandes, nobles, hidalgos, caballeros,
paz y salud á todos les envío.

Ha llegado por fin un triste día
de mísera aflicción, de luto y duelo,
y á vosotros os pide el ansia mía
un átomo siquiera de consuelo.

El Consejo empezad. Que el que aquí hable
su deber cumpla decidido y fuerte,
que vuestro acuerdo sea irrevocable,
yo me resigno á mi futura suerte.

(Se sienta.)

LÁN.

Yo el primero hablaré, porque me abona
nobleza que jamás fué desmentida,
porque traición inícuo no baldona
los gloriosos laureles de mi vida.
Oídme pues. El castellano Infante,
irritado al mirar nuestra defensa,
si nos rendimos, en el mismo instante,
para apagar su sed, su rabia inmensa,
á la muger, al niño y al anciano,
que la ciudad encierra en su muralla,
hará sufrir el yugo castellano:

y ¿no es mejor morir en la batalla?
Sí, que el viento salude en manso giro
el pendon que en la torre se tremola,
que al dar el bravo el último suspiro
le rodeará magnífica aureola.

Porque, señores, esperanza alguna
es en vano abrigar: todo lo veda
la suerte encapotada é importuna:
solo esperanza de morir nos queda.
Solo esperanza de morir valientes
ante la luz del sol; como leones,
fuertes y altivos, sí; y altas las frentes
escuchando el tronar de los cañones.
Sostengámonos pues: ninguno tema:
á los contrarios resistid serenos,
y veremos llegar la hora suprema
de virtud, de heroismo y gloria llenos.

Ya he dicho mi opinion. Que hablen ahora.

RAIM. Aunque guerrero juvenil, mi brazo
ha empuñado la espada cortadora,
y de Lanuza la opinion abrazo.

JAIM. Siga el Consejo pues.

PED. En sus furores,
aprietan mas el cerco los contrarios,
y del hambre y la sed á los rigores
sucumben vuestros fieles partidarios.
Mi opinion es rendirnos.

UNOS. Y es la mia.

OTROS. Y la mia tambien.

PED. De varios modos
explica cada cual lo que sentia,
y es la que he dicho la opinion de todos.
(Silencio: D. Jaime empezando con calma.)

JAIM. ¿Esa es vuestra opinion?... Bien. — ¡Por mi vida
que no pensaba fuéseis tan traidores
ni nunca ví que la traicion decida
cual lo ví en este instante! — Bien, señores.
¿Quereis que vaya, la cerviz doblada,
á sujetarme del tirano al yugo,
ó á ponerla tal vez ensangrentada

entre las manos viles del verdugo?
¿Cómo pensar osásteis, miserables,
que yo sin pundonor me entregaria?
¡Se entregan vuestras almas execrables,
y no un alma tan grande cual la mia!

(A Pedro.)

Tú, que al Infante sirves en secreto,
vé, y dile mi ruina, vé, no tardes,
pero dile tambien... que no respeto
la misera opinion de los cobardes!

PED. Te faltó la razon como el consejo;
tuvo mucha ambicion tu ánimo insano;
yo para siempre tu servicio dejo:
fuiste mal capitan. mal rey.

JAIM. ¡Villano!

(D. Jaime se dirige á él como si fuera á deshacerlo
entre sus manos; D. Pedro se inclina.)

Ya estalló de mi cólera el torrente..
bajo mis pies te miro confundido:
¡quien osó despreciar al sol ardiente,
por el rayo del sol fué siempre herido!
Para darte castigo... no... no es tarde..
aunque el trono derrúmbase en astillas,
soy, súbditos, un rey... sí. . ¡Grey cobarde

(Con voz de trueno.)

en mi presencia al punto de rodillas!

(Caen todos de rodillas: se oye al pueblo pedir la ca-
beza de D. Jaime.)

ESCENA V.

DICHOS, UN CAPAILEIRO

CABAL. Señor, invade el palacio
la multitud conmovida
con la derrota sufrida...
Huid, que aun teneis espacio.

LAN. La guardia ha vencido ya.
Podeis salvaros huyendo.

JAIM. Al pueblo que estoy oyendo
mi vida se entregará.

LAN. Oh! no hagais esa locura,
todo lo vais á perder,

y aumentada vais á ver
vuestra enorme desventura.

¿No escuchais ese rumor?

JAIM. ¿Me quieren amedrentar?

Dejadlos hasta aquí entrar,
que á mí me sobra el valor.

ESCENA VI.

DICHOS: el pueblo que aparece en la puerta: unos
con armas y otros sin ellas: se detienen al ver
á Don Jaime

JAIM. ¡Pueblo! ¿Qué buscas aquí
en la mansion de tus reyes,
contraviniendo á las leyes
que en otro tiempo te dí?

(Murmullos.)

No me espanta ese furor
de que entras haciendo alarde,
porque eres, pueblo, cobarde,
para humillar mi valor.
Y no me causas asombros
al verte con tal braveza ..
si vienes por mi cabeza
arráncala de estos hombros.
Pero al venir de ella en pos,
cegado por tu locura,
¿olvidaste por ventura
que soy la sombra de Dios?
Sí, lo olvidásteis, profanos...
Llega, amotinada plebe...
¿Quién de vosotros se atreve
á poner en mí las manos?
Ese furor que te inunda,
¿bajar del cielo no siente
algun rayo del Potente
que te absorba y te confunda?
Semejante desacato
no ha de tolerar mi brio...
¡Fuera de aquí, pueblo mio,

fuera de aquí, pueblo ingrato!
(El pueblo queda silencioso y en ademan suplicante)

ESCENA VII.

DICHOS: DOÑA ISABEL

ISAB. Jaime, ríndete. Si quieresi
yo al Infante le hablaré
y acaso conseguiré...
Ríndete...

JAIM. ¡Nunca lo esperes!

ISAB. El Infante...

JAIM. Es vil y falso.

ISAB. Si ya el pueblo te abandona. ...
¿qué esperas?

JAIM. ¡Con la corona
subir valiente al cadalso!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena figura el interior de la tienda de campaña del Infante de Antequera. El foro lo constituyen cortinas que se descorrerán á su debido tiempo, por entre las cuales entrarán los personajes que marque la accion.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen ALAGON, CERDA Y CABALLEROS

CERD. ¿Con que se dice, señores,
que Balaguer hoy se entrega?

ALAG. Si, tales son las noticias
que de boca en boca ruedan.

CERD. A la verdad, no comprendo
que el Conde entregarse quiera;
que ha demostrado sin duda
en tan desigual contienda,
un espíritu valiente
y una voluntad resuelta.

ALAG. ¿De qué le sirve el valor
que á cada paso demuestra,
si ni una sola esperanza
de salvacion ya le queda?
Tarde ó pronto acabaria
por inclinar la cabeza,
y esperar el duro fallo
que airado nuestro rey diera.

CERD. Teneis razon, Don Artal,
que de don Jaime las fuerzas,
á mas de ser reducidas,
cada dia se dispersan.
Todos huyen, le abandonan,
pero él con suma fiereza

y animoso corazon
u desventura sustenta.

ESCENA II.

DICHOS: DON PEDRO

PED. Señores, guárdeos el cielo.

ALAG. El cielo guardaros quiera.

CERD. En una plática estábamos,
que á preguntaros me fuerza,
si vos sabeis de don Jaime
la situacion verdadera.

PED. La situacion del de Urgel
no puede ser mas horrenda.
Ya no tiene municiones,
los víveres escasean
en la ciudad, y no hay nadie
que ayda prestarle pueda.
El solamente fiaba
en el Duque de Clarencia;
pero murió el padre de este,
subió al trono de Inglaterra
su hermano Enrique, y al punto
concertó paces y treguas
con el valeroso Infante
Don Fernando de Antequera,
y Urgel quedó abandonado;
pues la gente aragonesa
que su partido seguia,
aunque en gran número era,
no bastaba á resistir
al impetu y la fiera
de las tropas que el Infante
desde Castilla tragera.

CERD. Seguir en su pretension
fué una estremada simpleza.
¿Qué podia ya esperar?
De las armas siempre incierta
fué la fortuna y al Conde
se le mostró siempre adversa.

ALAG. ¿No hubiera sido mejor
someterse, cual lo hicieran
don Alfonso de Gandía,
(que en favor del rey pelea)
Luis de Anjou, el conde de Prades,
que no formal resistencia
hacer al rey elegido
que todo Aragon respeta?

PED. El tribunal que le juzgue
le impondrá la última pena.

ALAG. Mas hablando de otra cosa,

(A Pedro.)

porque esto ya no interesa,
hánme dicho que teneis
una hija que es muy bella.

PED. Es cierto, Alagon, es cierto,
pero yo de tal manera
guardo esa hija, que nadie
es posible que lo sepa.

ALAG. Pues mirad: hace tres días
que, á favor de las tinieblas,
deslizaba un caballero
el paso hacia vuestra tienda.
Dos horas despues le ví
pasar otra vez de vuelta.

PED. Gracias, gracias, Alagon;
esta noche estaré en vela,
por si veo á ese doncel
que se dirige á mi tienda;
lo mataré sin reparo,
lo mataré sea quien sea.

CERD. Señores, haya silencio,
que aqui nuestro rey se acerca.

ESCENA III,

DICHOS: EL REY DON FERNANDO: el foro es
ocupado por las tropas.

REY: Vuestro valor, castellanos
al fin el cielo corona,

ciñendo á la altiva sien
el laurel de la victoria.
Al fin del rudo combate
hemos salido con honra,
abatiendo del contrario
la firmeza desdeñosa.
Que publiquen al momento
del contrario la derrota,
y á los vencidos, decidles,
que mi bondad los perdona.

(Váse Alagon.)

Se formará un Tribunal
del que la nobleza toda
será parte, y los delitos
que contra mi real persona
cometió el Conde de Urgel,
juzgarán: severa y pronta
del tribunal la justicia
lo conducirá á la horca.
De Loarre en el castillo,
cuya guarnicion es corta,
aundon Antonio de Luna
del Conde el pendon tremola.
Poco podrá resistir,
son mis huestes numerosas,
y al ver que todo Aragon
delante de mí se postra,
Loarre sin defenderse
se entregará á mi persona.

ALAG.

(saliendo)

La infanta doña Isabel,
llega, señor, y llorosa
hablarle pide á Su Alteza
de asuntos que mucho importan.

REY.

Id á su encuentro, Alagon,
llegue la Infanta en buen hora.

ALAG.

La Infanta, señor, os ruega
que sea la entrevista á solas.

REY.

Está bien; mis caballeros,
despedad la estancia ahora,

que á escuchar voy de la Infanta
las quejas que ante mí esponga.

(Vánse.)

ESCENA VI.

EL REY D. FERNANDO: DOÑA ISABEL, de luto.

ISAB. Hoy ante vos, don Fernando,
una muger desgraciada,
se presenta acongojada
por su familia llorando.

REY. Sentaos. Hacedme ese honor,
os lo suplico rendido.

ISAB. Debe estar de pié el vencido
delante del vencedor.

REY. Como querais. Decid, pues,
lo que pretendéis de mí,
porque cuando os miro aquí
os traerá grande interés.

ISAB. Don Fernando, la fortuna
que por vos hoy se declara
á mi esposo desampara.
Probabilidad ninguna
le resta ya de triunfar,
y cual siempre valeroso
del reino por el reposo
se quiere ¡oh rey! entregar.

REY. Sí, con sus embajadores
traté de la rendicion
ofreciendo mi perdon
á los súbditos traidores.

ISAB. Un perdon que no debia
de ningun modo aceptar,
que el perdon iba á manchar
su nobleza y su hidalguía.
Mas yo soy una muger,
que suplico sin desdoro,
por el esposo que adoro
y que no quiero perder.

REY. Oh! Ya no es tiempo, señora;

yo le ofrecí transacciones
y él despreció mis razones;
no he de perdonarle ahora.

Fuerte suma le ofrecí
por sus derechos fingidos,
los derechos pretendidos
por que ha batallado así.

ISAB. El los sabe renunciar,

(Con dignidad.)

pero venderlos no sabe;
tanta baja no cabe
en quien aspiró á reinar.

REY. ¿El os envía? Por Dios!

ISAB. Infante, tened la lengua;
en la honra no escheis mengua
de quien vale mas que vos.

REY. Entonces, ¿por qué venís
sin temor á mis enojos,
y prosternada de hinojos
por el Conde me pedís?

ISAB. Perdonad á mi dolor
si algun tanto desahoga,
porque la pena me ahoga
que sepulto en mi interior.
¡Oh! Decís bien; la rodilla
en el polvo doblegada,
hablarle debo humillada
al Infante de Castilla.

REY. Quereis sin duda saber
la suerte de vuestro esposo.

ISAB. A preguntarla no oso.

REY. Tiene poco que entender.
Le juzgará un Tribunal.

ISAB. ¿Mas vos no considerais,
que sangre á derramar vais,
sangre de estirpe real?
¡Oh! pero vos no lo hareis,
á creerlo no me resigno,
me vais á escuchar benigno
y gracia le otorgareis.
El aire, la libertad,

para el pobre desterrado,
aunque viva espatriado,
será una felicidad.

¿Qué os importa que haya un hombre
mas ó menos en el suelo?

El con ferviente desvelo
benedicirá vuestro nombre ..

Y partirá... tambien yo...

¡Desde el Pirináico monte
verá el último horizonte

de la patria en que nació!

Iremos do quier vagando;

iremos del mundo al fin,

del uno al otro confin

vuestra gloria celebrando

Don Fernando, ¿no es verdad

que en un dia tan hermoso,

en que salís victorioso

le dareis la libertad?

REY. Señora, no puede ser;

las súplicas son en vano,

que yo no tengo en mi mano

de perdonarle el poder.

Por su orgullo y su malicia

á las leyes ofendió;

salvarle no puedo yo,

rogádselo á la justicia.

ISAB. ¡Oh, monarca de Aragon!

Mis suspiros y mi llanto

¿no declaran el quebranto

que sufre mi corazon?

REY. Las lágrimas no están bien

ni del dolor el acento,

en quien ostentó un momento

una diadema en su sien.

ISAB. Don Fernando, no hago aprecio

en este solemne instante,

de vuestro adusto semblante,

de vuestro injusto desprecio.

En vuestra mano, al triunfar,

en su infinito saber,
os puso Dios el poder
de salvar y condenar.

Aun por don Jaime se tienen
muy decididos parciales,
y tropas fieras, leales,
que sus derechos sostienen.

Si cual á un villano vil
quereis verle perecer,
ha de volverse á encender
la triste guerra civil.

REY. Si él tiene tropas leales,
yo un ejército aguerrido
que en poco tiempo ha vencido
las armas de sus parciales.
No habrá perdon ¿lo entendeis?
El verdugo hará su oficio.

ISAB. ¡Ese terrible suplicio
á mi esposo evitareis!

REY No habrá consideracion
que le salve de mi enojo.

ISAB. ¡Yo á vuestras plantas me arrojo,
implorando compasion!
Vos sois noble y generoso...

REY. ¿Qué mas me quereis decir?

ISAB. Y os he venido á pedir
compasion para mi esposo.

REY. No, no, no; doña Isabel,
es inútil vuestro anhelo;
¡ni aunque se desplome el cielo
perdonaria al de Urgel!
¿Perdonarle yo, señora,
cuando traidor á la ley,
se ha alzado contra su rey
que tantos horrores llora?
¿Perdonarle?... si... tal vez,
pero he de mirar su vida
entre mis manos rendida,
quebrantada su altivez!

ISAB. ¡Oh! no; antes que consentir

en tan viles condiciones,
mis valientes campeones
sabrán cual buenos morir.
¡Si, que aun queda una muger
que dirá llena de ardor,
que sucumban con valor
defendiendo á Balaguer!

(Váse con magestad.)

ESCENA V.

EL REY DON FERNANDO.

Repórtate, corazon,
y entrégate á la alegria,
que ya al fin en este día
mi desmedida ambicion
vá á colmar la estrella mia.
Ya empuño el cetro real
con mi prepotente mano,
y mi poder soberano
castigará al desleal
que me vendiera villano.
Y ver quiero reverentes
postradas ante mi trono
y confundidas, las frentes
de aquellos que en fiero encono
se han sublevado insolentes.
Y el ódio que está encerrado
dentro de mi corazon,
quisiera ver humillado,
pidiéndome compasion
á don Jaime el Desdichado.

ESCENA VI.

DICHO Y ALAGON.

ALAG Don Alfonso de Lanuza,
que en este momento llega
de Balaguer, solicita
hablar al punto á Su Alteza.

REY. Vé, y dile á ese caballero
que el Rey de Aragon le espera.

ESCENA VII.

EL REY DON FERNANDO, LANUZA.

REY. Llegad, hidalgo. Hablad.

LAN. Soy enviado
para tratar con vos las condiciones,
con que podrá don Jaime el Desdichado
sus armas humillar y sus pendones,
ante el claro esplendor de esa corona,
rindiéndose á la fuerza del destino.
Quiere que se respeten su persona
y sus vasallos.

REY. ¿Y porqué no vino
á postrarse ante mí cuando clemencia
y disculpa á sus yerros le ofrecía?
¿Le daba espanto mi real presencia,
ó mi justicia y cólera temía?

LAN. No conoce el temor su pecho osado,
en el combate muéstrase el primero,
y ya buen capitan, ya buen soldado,
la muerte envia su tajante acero.

REY. ¿Y de qué valor tanto le ha servido
ni que la muerte envíe su cuchilla,
si resistir un punto no ha podido
el valor del Infante de Castilla?
¿Y siempre de laurel la frente ornada
no han mostrado mis fuertes castellanos?

LAN. ¿Y de Montaragon en la jornada
no perecieron, rey, á nuestras manos?
Ya sé que en tu clemencia inutilmente
esperarse pudiera, rey Fernando,
y decidido, de tu enojo ardiente
yo salvaré al de Urgel.

REY. ¿Si? ¿Cómo? ¿Cuando?
No puede el Conde sostener la lucha:
cualquier camino que animoso emprenda
le lleva á su ruina.

LAN.

Escucha, escucha,
es una tradicion, una leyenda.

(Pausa.)

¿Os acordais, oh rey, de un triste dia
de mísera afliccion, de luto y llanto,
que eterno vive en la memoria mia
y que mi corazon llena de espanto?
Tal vez no os acordeis: para los reyes
no importa nada el deshonnar á un hombre
si oyen altivos á sumisas greyes
alucinadas aclamar su nombre.

REY.

Calla, súbdito vil, calla insensato,
no exaltes imprudente mi fiereza,
que si escucho otra vez un desacato
caerá á mis pies rodando tu cabeza.

LAN.

No lo dudo, señor; ¿quién de un tirano
en la lealtad y la palabra fia?
Tan solo mi desprecio soberano
tu cólera y tu orgullo desafia.
Que en mi mente guardado hay un secreto
que es de tu vida página afrentosa
y que á tu débil corazon inquieto
presenta siempre aparicion medrosa.
¿Tiemblas y palideces, Rey Fernando?
¿Te acuerdas de mi Elvira por ventura?
Yo al pronunciar su nombre sollozando
renuevo de mi herida la amargura.
Yo te diré la lamentable historia
de su existencia cándida, inocente,
de su existencia que pasó ilusoria,
que el cierzo crudo marchitó inclemente.

(Pausa.)

Ay! Yo la ví radiante de hermosura...
mi amor puse á sus plantas por trofeo...
y tan colmada fué nuestra ventura,
que en dulces lazos nos unió Himeneo.
Todo dicha y placer nos auguraba:
¡era el encanto de la vida mia
que con su solo amor se alimentaba!
Pero escúchame, Infante; llegó un dia
en que no como siempre cariñosa,

en que no como siempre en dulce calma
pude mirar á mi querida esposa...
y una sospecha horrible hirió mi alma!
Y una noche fatal en que despierto
de mi castillo en la mansion me hallaba,
un quejido de amor triste é incierto
me pareció, Fernando, que escuchaba.
Y frenético y loco y delirante
de Elvira corrí al punto al aposento,
y un hombre... que ocultaba su semblante
pudo estorbar mi rencoroso intento.
Eras tú, rey, que con tu gloria ufano
marcaste con la infamia mi camino,
«calla ó muere» dijiste, y en tu mano
brilló entonces el puñal del asesino!
Y caudal de mi sangre generosa
fué á enrojecer el alfombrado suelo...
y la muerte fatídica, espantosa,
tendió hacia mí su apresurado vuelo ..

REY. Ah! calla por piedad! esas memorias
hunde por siempre en el profundo olvido,
y las tristes visiones ilusorias
de un amor infeliz, que sueño ha sido!!

LAN. No ha sido sueño, no; que aun aquí ardiente
hay un odio infernal que me devora;
míralo escrito en mi marchita frente
que la vergüenza de carmin colora.
Sané al fin de tu golpe; y mi ternura
de Elvira los deslices ya olvidaba,
¡cuando le abrió el pesar la sepultura...
y su muerte lloré... porque la amaba!

(Pausa.)

REY. Y prenda de tu amor, arrepentida
dejó en mis brazos al morir un niño.
¡Dámelo y... toma en cambio de su vida
esta corona que á mi frente ciño!
Dámelo, sí... te colmaré de honores...
si es oro tu deseo... daréte oro...
si esa prenda me das de mis amores
te daré cuanto tengo en mi tesoro!

LAN. Ni el régio manto de purpúrea seda
á templar mi ambicion, príncipe, alcanza
¿Piensas tú acaso que comprarse pueda
esta horrible ambicion de la venganza?
Ay! tú no sabes que al morir el dia,
cuando la noche su sombroso manto
estiendo ya por la region vacia,
llena de triste y de suave encanto,
se presenta á mi mente desolada
la imágen de mi Elvira sonriente,
y oigo tambien su voz enamorada
que repiten los ecos dulcemente.
Mi pecho entonces de placer palpita,
las lágrimas se escapan de mis ojos,
que al eco solo de su voz bendita
se disipan cual nieblas mis enojos.
«Guarda, me dice, guarda tú ese niño
y sé el amparo de su vida pura,
ya que no puede el maternal cariño
ofrecerle el raudal de su ternura.»

(Pausa.)

Hoy Balaguer se entrega; compasivo
de su gente evitando la ruina,
hoy ante tí el de Urgel, su ánimo altivo,
en tu clemencia confiando, inclina.

REY. Lo que decirme quieres no comprendo.

LAN. ¡A comprenderlo vás por vida mia!
Voy á esplicarte ese misterio horrendo
que tu mente aclarar nunca podria.

Matar puedes á Urgel; no me acobardo:
que, al caer su cabeza ensangrentada,
el hijo tuyo que conmigo guardo
sucumbirá á los golpes de la espada.

REY. Ah! no, revoca condicion tan fiera,
es vengarme de Urgel cuanto ambiciono,
y por vengarme de él... la vida diera...
y hasta trocára por vengarme... el Trono!
Debe tocarle del traidor la suerte.

(Con energía.)

Pero ¡ay! esa amenaza aterradora!...

LAN. Vida por vida pues, muerte por muerte.
¡Véngate del de Urgel, véngate ahora!
(Váse rápidamente.)

ESCENA VIII.

EL REY DON FERNANDO, despues ALAGON.

ALAG. A humillarse á vuestros pies
Don Jaime viene, señor.

REY. Al fin soy el vencedor.

ALAG. El Conde espera.

REY. Entre pues.
(Váse Alagon.)

ESCENA IX.

EL REY DON FERNANDO, DON JAIME.

REY. ¡Oh Dios! Libre quiero estar
de recuerdos que me asalten,
porque temo que falten
lágrimas para llorar.

JAIM. Lloro, sí, desventurado,
el llorar es tu destino,
pues de la vida el camino
con sangre humana has marcado.
Ya triunfaste; me has vencido;
vengo á implorar tu clemencia,
y te miro en mi presencia
meditando y abatido.
¿Por qué, rey, no se levanta
del suelo tu altiva frente,
para mirar esa gente
que humilde tus glorias canta?
¿Por qué no clavas la vista
en tus tropas admiradas
de las famosas jornadas
que tu valor te conquista?
Ya ves; no tengo un soldado,
mas me dice tu semblante,
que envidias en este instante
á don Jaime el Desdichado.

Ya tu anhelo se cumplió,
ya cien pueblos á tu ley
se humillan... pero eres, rey,
mas desgraciado que yo.

REY. Si, tú vienes orgulloso
á ponerte en mi presencia
porque no hay en tu conciencia
ningun recuerdo espantoso.
Tú no puedes comprender
de mi pecho los dolores...

JAIM. Calla, rey, esos clamores,
que nada quiero saber.

REY. Y sin embargo, me admira
y me elogia el mundo entero,
mas tanta dicha no quiero...
porque esta dicha es mentira.
Mas hoy un triunfo consigo,
hoy á mis piés su pendon
pidiéndome compasion
ha postrado mi enemigo.

JAIM. No insultes, no, mi decoro,
que si á implorar vine aquí,
no vine á implorar por mí,
por mis súbditos imploro.
Por aquellos que lidiaron
en mi favor con bravura,
y al ver mi mala ventura
de mí no se separaron.
No porque de tí se exhale
un sentimiento profundo,
pienses que no hay en el mundo
un dolor que se le iguale.
¿Quién podrá padecer mas?
¿Tú, que feliz has vivido
y que todo lo has vencido
y al fin en el trono estás;
ó yo, que un trono soñé
desde mi primera edad,
quise tocar la verdad,
y huyó aquel trono, se fué?

REY. Cúlpatelo solo á tí mismo;
el orgullo te perdió,
el orgullo te arrojó
desde la cumbre al abismo.
Tú fiaste en el valor
de que tu pecho blasona,
para alcanzar la corona
de Jaime el Conquistador.

JAIM. Y bien: si fatal destino
el cielo me quiso dar,
¿pude yo acaso evitar
lo que el cielo me previno?
¿Pude yo evitar que un día
mis valientes defensores,
me abandonáran traidores
mostrando su cobardía?

REY. Sí, lo sé; á tantos reveses
tu corazón no humillabas,
porque sereno esperabas
la ayuda de los Ingleses.
Pero te faltó ese auxilio,
porque pereció á las manos
de mis bravos castellanos
con su capitán Basilio.
Te entregaste á mi venganza
no pudiendo resistir.

JAIM. No, Rey; siempre de morir
conservé yo la esperanza.
Si hallar no pude la muerte,
aunque ansioso la buscaba,
no á mí que la deseaba
me culpes, culpa á mi suerte.

REY. Si era tanto tu valor,
¿por qué no te defendiste
en Balaguer, y moriste
á lo menos con honor?

JAIM. ¿Por qué no me defendí?
¿Y qué podía lograr?
¿entre escombros sepultar
mis huestes, sin gloria, allí?

¿Y por qué me entregué yo?
Porque hambrienta multitud
llena de afán, de inquietud,
contra mí se levantó.
Porque mi alma confundían
y atronaban mis oídos,
los dolorosos gemidos
de los que hambrientos morían.
Porque el llanto de mi esposa
caía en mi corazón,
y á que pidiera perdón
me inducía cariñosa.
Porque mis tres hijas bellas
afligido contemplaba,
y á pedir me resignaba
el perdón solo por ellas.
Porque no llegaran días
de infamia y de deshonor,
en que sintieran rubor
hasta de ser hijas mías!

REY. En vano, en vano procuras
tu desconsuelo ocultar,
que á una cárcel á espiar
irás, Conde, tus locuras.
Y cuando ya el sufrimiento
tu altivez haya abatido,
del Rey que hubiste ofendido
te seguirá el pensamiento.
Y no seré nunca, Urgel,
quien en tu muerte consienta;
será venganza mas lenta,
pero tambien mas cruel.
Y nunca esperes de mí
que revoque la sentencia.

JAIM. ¡Yo desprecio tu clemencia
como te desprecio á tí!
¡No esperes, no, que perdón
humilde á tu piés demande,
que si es mi infortunio grande,
aun es mas mi corazón!

REY. Insensato! Pero calla...

RAIM. ¡Por el cielo! (Ruido dentro.)

REY. ¿Qué rumor? (Dentro.)

PED. ¡Matadle, muerte al traidor! (Dentro.)

VOCES. (dentro.) ¡Muera, muera!

RAIM. (entrando.) ¡Atrás, canalla!

(Raimundo entra precipitadamente, defendiéndose de D. Pedro y otros caballeros, todos con las espadas desnudas: quedan confusos al ver al Rey don Fernando.)

ESCENA X.

EL REY DON FERNANDO, DON JAIME,
RAIMUNDO, DON PEDRO, ALAGON, CERDA,
CABALLEROS.

REY. ¿Qué es esto, castellanos? ¿Quién se atreve
à turbar el silencio de mi estancia?
¿Cuando todo en quietud reposar debe
à mi tienda venís con arrogancia?

PED. Perdonadnos, señor; aquí nos guia
nuestra lealtad y nuestro ardiente celo...

REY. Ese hombre ¿quién es?

ALAG. Es un espía
del enemigo.

REY. ¡Cómo!

RAIM. ¡Vive el cielo!

REY. Acércate, villano: ¿no has sabido,
que si colmo de gracias y favores
al que valiente y bueno me ha servido,
tambien sé castigar à los traidores?

RAIM. De un monarca admirado y justiciero,
esa es la ley, señor.

REY. ¿Qué es lo que quieres?

RAIM. Hablaros sin testigos solo quiero.
Acceded à mis súplicas

REY. ¿Quién eres?

RAIM. A solas os diré luego mi nombre.

REY. Voy à escucharte. A mi poder supremo
te debes humillar.

(Hace una seña á los caballeros, que se van, y figura que habla con don Jaime, el que entra en un departamento de la tienda.)

RAIM.

Ante otro hombre
ni me humillo jamás, ni nunca temo.

ESCENA XI.

EL REY DON FERNANDO, RAIMUNDO; despues LANUZA, DON JAIME, DON PEDRO, ALAGON, CERDA, CABALLEROS, SOLDADOS.--VIOLANTE.

REY. Ya estamos solos. Habla.

RAIM. Un solo instante

os cansaré, señor. Mi historia es breve.

REY. Empieza pues. (Su acento suplicante no sé porqué mi corazon conmueve.)

RAIM. Vivía silencioso y retirado de la lucha infeliz que el reino altera; mas al combate fiero fuí llamado por un guerrero que mi amparo fuera. Partí á su lado. En la pelea dura quise alcanzar ansioso alto renombre; donde quiera se admira mi bravura, tiemblan los vuestros al oir mi nombre. Nunca mi pecho palpitára ardiente del amor impulsado por la llama; lauros busqué para ceñir mi frente, para aumentar mi victoriosa fama. Mas ¡ay! mi corazon adormecido despertó, al fin, señor, de su letargo; ¡ojalá hubiera en él permanecido porque fué el despertar triste y amargo! Sentí en mi alma por la vez primera una impresion voráz, desconocida, porque vi una muger dulce, hechicera, á quien al punto consagré mi vida. La adoré y me adoró; pero fué en vano; eran muchos sus timbres y cuarteles, ¡y pretendí su codiciada mano sin mas timbres tener que mis laureles! Mi amor en un instante fué deshecho,

olvidar su belleza deseaba,
lo deseaba, sí, y á mi despecho,
mas que nunca, señor, la idolatraba.

(Pausa.)

El padre de la hermosa que yo adoro
abandonó traidor nuestra bandera,
y su hija tambien, que es mi tesoro,
con él al campo sitiador viniera.

REY. Qué mas aconteció?

RAIM.

Que casi loco

vine á vuestro real, fuí sorprendido....

Ni la clemencia ni el furor invoco.

Haced lo que querais. He concluido.

REY.

Esa muger tan pura y tan hermosa,
si te quieres pasar á nuestro bando,
llegará á ser tu enamorada esposa.

RAIM.

¿Qué es lo que proponeis, rey don Fernando?

¿Faltar yo á mi deber? Antes el mundo

en mil pedazos con horror estalle,

antes el mar con ímpetu profundo

cubra rugiendo el monte y hondo valle!

¿Faltar yo á mi deber? Cómo pudiste

imaginar en mi tanta bajeza?

«Este será un traidor.» tú te dijiste,

porque en su pobre cuna no hay nobleza...

«Este será un traidor» mas te engañaste;

que hay mas honra en el pecho de un villano,

con tus mismas palabras demostraste,

que en el pecho ruin del que es tirano!!

REY.

¡Oh! Ten la lengua. ¿Cuando, miserable,

podrá tu enojo, dí, podrá tu brio,

ser un solo momento comparable

con el orgullo y el aliento mio?

(Con lástima.)

Véte, vete de aquí, que mi arrogancia

tu cólera desprecia, y te perdona,

porque hay entre los dos mucha distancia,

y ofender tú no puedes mi corona.

RAIM.

Rey don Fernando!

(Con arrebató.)

REY.

Vete de aquí digo.

y refrena, infeliz, esa osadía,
antes que encuentres ejemplar castigo.

RAIM. ¡Oh, disimulas bien tu cobardía!
Es pavor, no desprecio lo que sientes...
y ¿osas llamarte un rey, un caballero?
No lo puedo creer... no... mientes... mientes...
hubieras desnudado ya el acero...

REY. ¡Guardias!
(Con enojo.)

RAIM. Llamad.

REY. Aquí.

RAIM. Sí, que nos vean.

REY. El peso probarás de mi coraje.

¡Ay de tí, que me insultas!

RAIM. Bien. Que sean
testigos todos de tan vil ultraje!

(Le arroja el guante al rostro. El Rey lo recoge cie-
go de furor: desenvaninan las espadas. Al cruzarlas,
aparece Violante que se arrodilla delante del Rey.)

VIOL. ¡Perdonadle, señor, sí, perdonadle,
amar fué su delito solamente!

REY. Me ha insultado, jamás!

VIOL. Señor, salvadle,
sed generoso.

REY. No.

VIOL. Si, sed clemente

RAIM. No supliques al déspota inhumano.
A tu pecho miespada ya dirijo.

(Al rey.)

REY. Morirás á mis piés.

(Cruzan las espadas: aparece Lanuza.)

LAN. ¡Deten la mano!

Ese... misero rey... ese... es tu hijo!

(Don Fernando arroja la espada y cae en un sillón.
Raimundo también la arroja y se cubre el rostro con
las manos.—Don Jaime, que sale, contempla el cua-
dro sonriendo: Violante prosigue arrodillada.—La-
nuza junto al rey.—La estancia es invadida, por ca-
balleros, soldados etc. Pausa.—Se oyen dos ó tres
cañonazos, voces: las cortinas del foro se descorren
y dejan ver el ejército de don Fernando acampado
en las márgenes del Segre. En último término las mu-
rallas y torres de Balaguer. Don Fernando rompe el
silencio dirigiéndose á Raimundo.)

REY. ¡Hijo mio!

RAIM. Señor .

REY. ¿No me conoces?

¿No te acuerdas de mí?... ¿No de tu madre?
En tu pecho, ¿no escuchas unas voces
que te deben decir que soy tu padre?

(Raimundo calla.)

Habla, que espanto tu silencio inspira.

RAIM. ¿Fruto soy de una union que Dios maldijo?

¡Todo lo comprendí!... Calla! es mentira...

¡Ay no... no puede ser... no soy tu hijo!

REY. ¿Qué dices, ¡ay de mí!.. Deja que hable...
que disipe tu error... abandonado...

RAIM. ¿Ves á Lanuza, al hombre venerable
que lágrimas sin cuento ha derramado?

¿Ves al hombre que audaz escarneciste?

Ese solo es mi padre.

REY. Desvario!

RAIM. Ese solo es mi padre... Ya lo oiste.

Huyamos de este sitio, padre mio.

(Á Lanuza.)

LAN. Raimundo!

REY. Tú, Lanuza, óyeme ahora.

Aunque á un Monarca suplicar no cuadre,
una palabra mi dolor te implora;

dile una sola vez... ¡que soy su padre!

LAN. Tú, que en desdicha y luto sumerjieras
de mi vida infeliz un episodio...

REY. ¡Lanuza, compasion!

LAN. De mí... ¿qué esperas?

¡Huye lejos de mí... porque te odio!

REY. ¡Soy un Monarca, y en humilde acento
á vosotros en vano me dirijo!

Ay!... Tú, para calmar este tormento ,

(Á Jaime.)

dile una sola vez... ¡que él es mi hijo!

JAIM. La corona arrancaste de mi frente;

ese es el hijo que tu amor desea;

viviré encarcelado eternamente:

tú no le abrazaràs.

- REY. ¡Maldito sea
el destino que agosta mi esperanza!
- JAIM. No te quejes ¡oh rey! de tu destino:
esa es la gloria mísera que alcanza
el Rey que tiñe en sangre su camino.
- REY. Oh! Calla... A su prision... Llevadle ahora...
Llevadle al punto digo...
- JAIM. Dios lo quiere.
Mas yo seré feliz: tú, sufres y llora.
¡Es la mano de Dios la que te hiere!
- (Sale entre algunos guardias.—El Rey cae de rodillas
á los piés de Lanuza y Raimundo.—Telon rápido.)

FIN DEL DRAMA.

El que suscribe, censor de Teatros de esta ciudad, no halla inconveniente en que se ponga en escena el drama en tres actos y en verso original de don José de Velilla y Rodríguez que se titula *Don Jaime el Desdichado*. Sevilla y Febrero 14 de 1865.

ANTONIO FERNANDEZ GARCIA.

It is the intention of the Board of Directors to
make a complete revision of the constitution and
by-laws of the Association and to submit the same
to the annual meeting of the Association to be held
at the City of New York in the month of May, 1908.

Attest: Secretary of the Association

No cumpliria ciertamente con mi deber, si no hiciera presente que el buen éxito que alcanzó esta obra en la noche de su estreno, fué debido, tanto á la indulgencia del público, como á la eficacia y esmero, que el eminente primer actor Don Pedro Delgado, la Sra. Doña María Ortiz, la Srta. Llorente, y los Señores Lozano, Chas de Lamotte, Mendoza, Torres, Gascon y demás partes de la Compañía pusieron en la ejecucion de sus respectivos papeles.

Reciban pues las mas rendidas gracias los dichos señores y especialmente el Señor Delgado, la Sra. Ortiz y el Señor Mendoza: y puesto que ellos consiguieron el triunfo, tambien les pertenece la gloria, lo que se complace en publicar su mejor amigo.

JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

THE VILLAGE

The country was a vast plain, and the houses were scattered over the land. The houses were small and simple, and the people were poor. The houses were built of mud and brick, and the roofs were made of straw. The people were of different races and religions, and they lived in peace and harmony. The houses were built on the banks of a river, and the water was clear and sweet. The people were happy and content, and they lived in peace and harmony.

The houses were built on the banks of a river, and the water was clear and sweet. The people were happy and content, and they lived in peace and harmony. The houses were built of mud and brick, and the roofs were made of straw. The people were of different races and religions, and they lived in peace and harmony.

THE VILLAGE

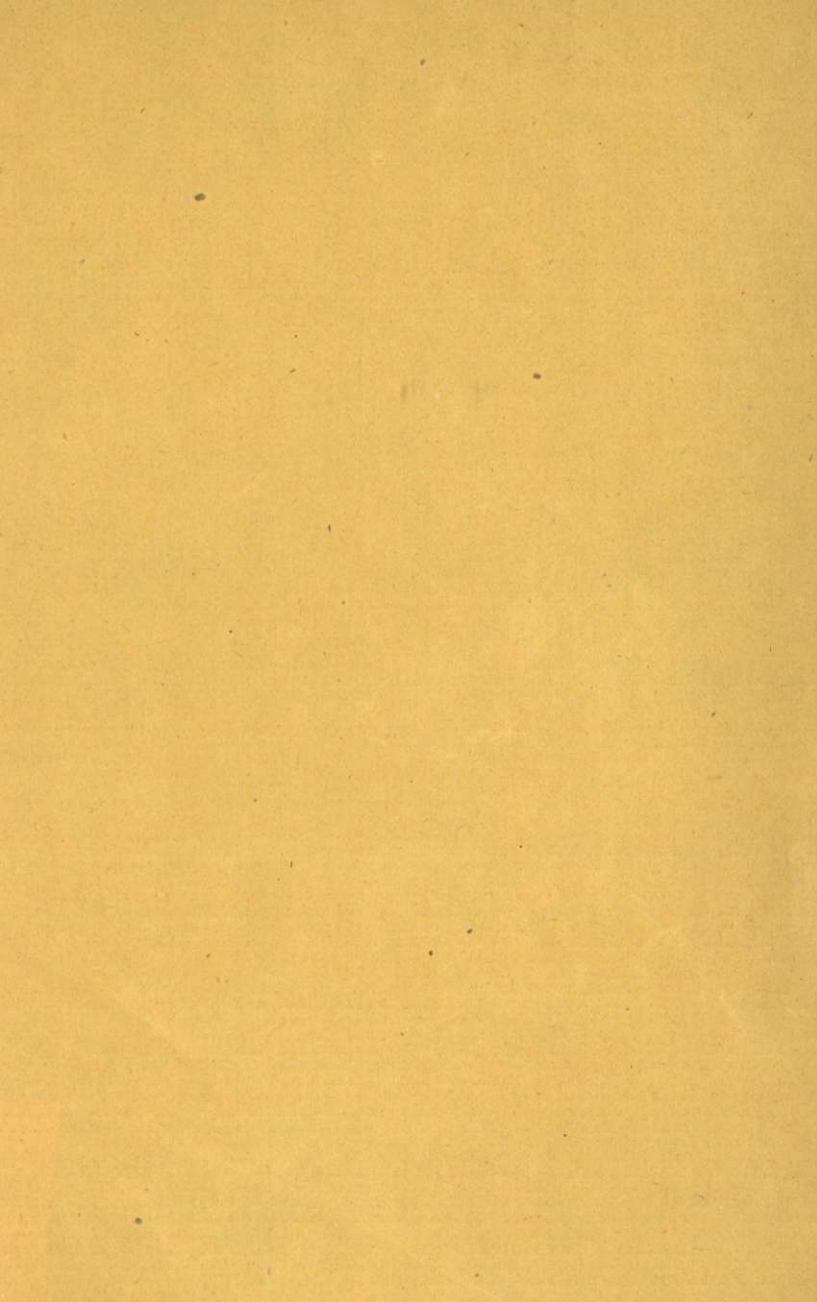
ERRATAS NOTABLES.

— —

PAG.	LINEA.	DICE.	LEASE.
—	—	—	—
17	15	PED.	REY.
18	3	¿A don Jaime	A don Jaime.
19	2	el	al
19	17	JAIM.	REY.
30	9	un hombre de	un hombre luego de
36	5	quieresi	quieres
41	4	ESCENA VI.	ESCENA IV.

ERRATA NOTABLES

Page	Line	Correction	Page	Line	Correction
17	10	18	17	10	18
18	1	2	18	1	2
19	1	2	19	1	2
20	1	2	20	1	2
21	1	2	21	1	2
22	1	2	22	1	2
23	1	2	23	1	2
24	1	2	24	1	2
25	1	2	25	1	2
26	1	2	26	1	2
27	1	2	27	1	2
28	1	2	28	1	2
29	1	2	29	1	2
30	1	2	30	1	2
31	1	2	31	1	2
32	1	2	32	1	2
33	1	2	33	1	2
34	1	2	34	1	2
35	1	2	35	1	2
36	1	2	36	1	2
37	1	2	37	1	2
38	1	2	38	1	2
39	1	2	39	1	2
40	1	2	40	1	2
41	1	2	41	1	2
42	1	2	42	1	2
43	1	2	43	1	2
44	1	2	44	1	2
45	1	2	45	1	2
46	1	2	46	1	2
47	1	2	47	1	2
48	1	2	48	1	2
49	1	2	49	1	2
50	1	2	50	1	2
51	1	2	51	1	2
52	1	2	52	1	2
53	1	2	53	1	2
54	1	2	54	1	2
55	1	2	55	1	2
56	1	2	56	1	2
57	1	2	57	1	2
58	1	2	58	1	2
59	1	2	59	1	2
60	1	2	60	1	2
61	1	2	61	1	2
62	1	2	62	1	2
63	1	2	63	1	2
64	1	2	64	1	2
65	1	2	65	1	2
66	1	2	66	1	2
67	1	2	67	1	2
68	1	2	68	1	2
69	1	2	69	1	2
70	1	2	70	1	2
71	1	2	71	1	2
72	1	2	72	1	2
73	1	2	73	1	2
74	1	2	74	1	2
75	1	2	75	1	2
76	1	2	76	1	2
77	1	2	77	1	2
78	1	2	78	1	2
79	1	2	79	1	2
80	1	2	80	1	2
81	1	2	81	1	2
82	1	2	82	1	2
83	1	2	83	1	2
84	1	2	84	1	2
85	1	2	85	1	2
86	1	2	86	1	2
87	1	2	87	1	2
88	1	2	88	1	2
89	1	2	89	1	2
90	1	2	90	1	2
91	1	2	91	1	2
92	1	2	92	1	2
93	1	2	93	1	2
94	1	2	94	1	2
95	1	2	95	1	2
96	1	2	96	1	2
97	1	2	97	1	2
98	1	2	98	1	2
99	1	2	99	1	2
100	1	2	100	1	2



C3